

tienen gran interés en esa estabilidad. Son pocos; están muy diseminados entre una vasta población con la cual no tiene en común ni lengua, ni creencias religiosas, ni principios morales, ni costumbres, ni color; comprenden que cualquier convulsión que derrocase el orden de cosas existente sería ruinosa para ellos. Esas personas condenan á menudo airadamente actos particulares del gobierno, sobre todo los actos que son mortificantes para el orgullo de casta que el inglés siente naturalmente en la India. Pero todo plantador de Tirhoot y todo comerciante de Calcuta saben de sobra que á la caída del gobierno acompañaría la pérdida de su fortuna y el inminente riesgo de su vida.

»Así, entre los habitantes ingleses de la India, no hay materia á propósito para ese género de excitación que la prensa produce á veces en nuestra patria. No hay entre ellos una clase análoga á esa gran masa de labradores y artesanos ingleses cuyos espíritus agrían las frecuentes escaseces y privaciones, y sobre los cuales, por lo mismo, suelen producir un efecto terrible los sofismas y declamaciones de gente aviesa. Aquí los periódicos ingleses pueden ser infinitamente más sediciosos que los más sediciosos que se hayan impreso en Londres, sin hacer daño á nada más que á su propia circulación. El fuego se apaga por falta de materias combustibles en que hacer presa. ¡Qué pocos peligros habría que temer en Inglaterra, para el orden y para la propiedad, de los artículos más incendiarios, si sólo hubieran de leerlos los ministros, los comisarios de aduanas, los magistrados y los jueces, los altos funcionarios del gobierno, los oficiales del ejército, los banqueros, los propietarios territoriales, los abogados y los jefes de fábricas! El político más tí-

mido no temería el menor daño de los libelos más sediciosos, si la circulación de esos libelos se restringiese á tal clase de lectores; y á tal clase de lectores se circunscribe casi en absoluto la circulación de los periódicos ingleses de la India.»

El motivo de los improperios que lanzó sobre Macaulay un puñado de ruines escritorzuelos fué su defensa del acta, llamada familiarmente el «Acta Negra», que privaba á los súbditos británicos residentes en las provincias del pretendido privilegio de interponer recursos civiles ante el Tribunal Supremo de Calcuta. De tales recursos debía conocer en adelante el tribunal formado por los jueces de la Compañía, «todos ellos ingleses, de educación liberal, tan libres de toda imputación deshonorosa como los jueces mismos del Tribunal Supremo, y elegidos por el gobierno dentro de un cuerpo que abunda en hombres de los más respetables é inteligentes que ha habido jamás al servicio de un Estado». Prácticamente el cambio que introducía el Acta era de poca entidad; pero excitó una oposición basada en argumentos y asertos de tal naturaleza, que el triunfo ó el fracaso de la medida vino á ser una cuestión de innegable y alta importancia.

«A mi juicio (escribe Macaulay) la principal razón que existe para preferir este tribunal es que es el encargado de administrar justicia en última instancia para la gran masa del pueblo. Si no es apto para este fin, debe hacerse que lo sea. Si es apto para administrar justicia á la gran masa del pueblo, ¿por qué habríamos de eximir de su jurisdicción á un simple puñado de colonos? Hay en la distinción establecida por el acta de 1813, no diré la realidad, pero sí las apariencias de parcialidad y tiranía. Esa distinción parece

acusar la idea de que los naturales de la India deben conformarse con menos de lo justo, y que los ingleses de la India tienen derecho á algo más de lo justo. Si concedemos á nuestros compatriotas un recurso ante los tribunales del rey en los casos en que todos los demás individuos tienen que contentarse con los tribunales de la Compañía, hacemos de menos los tribunales de la Compañía. Declaramos al pueblo indio que hay dos clases de justicia: una ordinaria, que reputamos bastante buena para ellos, y otra de superior calidad, que reservamos para nosotros. Si nos empeñamos en demostrar desconfianza hacia nuestros tribunales superiores, ¿cómo esperar que los naturales del país confíen en ellos?

»Se ha publicado el proyecto, y, como yo suponía, no ha sido acogido desfavorablemente por los ingleses del Mofussil (1). Han transcurrido siete semanas desde que se hizo la notificación. Se ha dado tiempo para recibir peticiones de los extremos más lejanos de los territorios sometidos á esta Presidencia. Pero no sé que haya más que un punto del Mofussil donde se haya pensado en elevar una representación; y los periódicos del Mofussil que yo he visto, no obstante su propensión á poner reparos á todas las disposiciones del gobierno, han hablado favorablemente de esta medida.

»En Calcuta ha ocurrido una cosa algo diferente, y es este un hecho notable. Los habitantes británicos de Calcuta son los únicos habitantes británicos de Bengala á quienes no afecta el acta propuesta, y los únicos habitantes británicos de Bengala que han opuesto objeciones. El clamor, á la verdad, procede de una

(1) El término «Mofussil» denota las provincias de la Presidencia de Bengala en oposición á la capital.

porción pequeñísima de la sociedad de Calcuta. Los reclamantes no se han atrevido á convocar una reunión pública, y su exposición ha tenido muy pocas firmas. Pero han tratado de compensar su falta de fuerza con el ruido y la virulencia. A primera vista parecerá extraño que una ley, no mal acogida por los que han de vivir sometidos á ella, excite tal acrimonia en los que se hallan completamente exentos de su acción. Pero la explicación es sencilla. Aunque nadie que resida en Calcuta será perseguido ante los tribunales del Mofussil, muchos que residen en Calcuta tienen ó desean tener una clientela en el Tribunal Supremo. De ahí que se hayan hecho grandes esfuerzos, aunque con poco éxito; para formar una opinión contra esa medida entre los habitantes ingleses de Calcuta.

»Los ingleses usan en la India la misma fraseología política que en su patria; pero no debe olvidarse que las mismas palabras se aplican en Londres y Calcuta á cosas muy diferentes. Se habla mucho de la opinión pública, del amor á la libertad, de la influencia de la prensa. Pero debe recordarse que la opinión pública significa la opinión de quinientas personas sin ninguna comunidad de intereses, ideas ni sentimientos con los cincuenta millones entre los cuales viven; que el amor á la libertad significa la enérgica oposición de los quinientos contra toda medida que les impida obrar como les plazca con respecto á los cincuenta millones; que la prensa es sostenida exclusivamente por los quinientos, y no tiene ningún motivo para defender la causa de los cincuenta millones.

»Sabemos que la India no puede tener un gobierno libre. Pero puede tener lo mejor que hay inmediatamente bajo eso: un despotismo firme é imparcial. La

peor situación en que podría colocarse es la situación en que la colocarían los peticionarios. Ellos nos invitan á reconocerlos como un orden privilegiado de hombres libres en medio de una masa de esclavos. Precisamente para impedir este gran mal, el Parlamento, al mismo tiempo que autorizaba la colonización de la India por ingleses, nos armó de amplias facultades, que no merecemos poseer, si no tenemos el valor de usarlas ahora.»

Macaulay había cometido dos desaciertos. Cedió á la tentación de desvelar intenciones, hábito que el *Spectator* consideraba como su vicio intelectual, añadiendo que era «el vicio de la rectitud»; y había hecho algo peor aún, que fué provocar á la discusión á sus adversarios. Ellos respondieron al llamamiento. Después de preparar el camino con una serie de comunicados á los periódicos, en que exponían sus objeciones contra el acta con enorme extensión, y subrayándolas con toda la fuerza que puede prestar un gran lujo de mayúsculas y cursivas, convocaron un *meeting* excesivamente cómico. «Yo he visto en una fiesta india (decía una de los oradores) una figura desnuda y desgreñada, con la cara pintada de colores grotescos, con el pelo manchado de lodo y ceniza, y la lengua atravesada con un hierro. Esa figura repulsiva, cubierta de ceniza y de lodo, y chorreando sangre por heridas voluntarias, puede subir el día menos pensado al tribunal de la Compañía, y creer un acto de santidad, en un pleito entre un indio y un inglés, el fallar contra derecho á favor del secuaz de la verdadera fe.» Otro caballero, Mr. Longueville Clarke, recordaba «al tirano» que

Allí el saco espera,  
Y allá el mar se agita.

«Mr. Macaulay puede mirar esto como una vana amenaza; pero su conocimiento de la historia le ofrecerá muchos ejemplos de lo que ha ocurrido cuando han provocado la resistencia actos más suaves de despotismo que el diezmar á un pueblo.» Esta desahogada recomendación de linchar á un miembro del Consejo fué acogida con vivos aplausos.

Por fin, se levantó un capitán llamado Biden, que habló de esta suerte: «Señores: me dirijo á vosotros en calidad de marino británico, y en este concepto reclamo vuestra atención unos instantes. Señores, se ha hablado mucho, durante la tarde, de leyes, de reglamentos, de derechos y de libertades; pero todos parecéis haber olvidado que hoy es el aniversario de la gloriosa batalla de Waterloo. Yo deseo proponer (y me dirijo á la estatua de lord Cornwallis y á vosotros) que demos tres vivas al duque de Wellington y á la batalla de Waterloo.» El auditorio, perfectamente convencido por entonces de que todos los agravios que pudiesen nacer del Acta Negra no igualarían á la abominación de un hacinamiento de personas en la Casa consistorial de Calcuta durante la segunda mitad de Junio, aprovechó alegremente el respiro, é hizo bastante ruido para satisfacer aún al bizarro orador. La sesión terminó atropelladamente, y se suspendió el *meeting* hasta la otra semana.

Pero la mala estrella perseguía á los adversarios de Macaulay. Al reanudarse el *meeting*, uno de los oradores principales, que era abogado, desmintió á otro abogado, y se promovió un tumulto, que en vano trató de apaciguar el capitán Biden con su remedio favorito. «La opinión de Madrás, de Bombay y Cantón (dijo; y fué lo único discreto que salió de su boca en los dos días) es que en Calcuta no hay más opinión pública

que los abogados. Y ahora—¿quién se atreve á decir que esto es cosa de burla?—Demos tres vivas á la batalla de Waterloo, y luego propondré una enmienda que irá de lleno al corazón del asunto.» Y el presidente, bien acreedor al voto de gracias que le fué otorgado «por su extraordinaria paciencia», y cuya presentación se había encomendado muy oportunamente al capitán Biden, hizo que se acordase elevar peticiones al Parlamento y el gobierno de Inglaterra contra el acta pecaminosa.

Los jefes del movimiento emplearon las semanas siguientes en disputar sobre preliminares de duelos que nunca llegaron á realizarse, y en lanzar unos contra otros acusaciones de injuria y calumnia, que su querido Tribunal Supremo tuvo el buen acuerdo de no oír; pero, andando el tiempo, se firmaron las peticiones, y se nombró un comisionado para llevarlas á Inglaterra. El 22 de Marzo de 1838 se propuso en la Cámara de los Comunes el nombramiento de una comisión para estudiar el asunto; pero el asunto no encerraba nada capaz de inducir á los honorables miembros á salir de su habitual indiferencia con respecto á los debates indios, y no llegó á recaer votación sobre la propuesta. La Cámara dejó al gobierno proceder como le pareciese en el asunto; y todas las vacilaciones que pudiesen sentir los ministros hubieron de ceder ante la energía con que Macaulay reclamaba su apoyo. «Opino (escribía) que el acta es buena en sí, y que está bien elegido el momento para su aprobación. Pero el motivo más poderoso para aprobarla es la indole de la oposición que se le ha hecho. Los órganos de esa oposición repetían diariamente que los ingleses son los conquistadores y los amos del país, la raza dominadora, los electores de la Cámara de los Comu-

nes, cuyo poder se extiende á la Compañía en nuestra patria y al gobernador general en Consejo aquí. Los electores del Parlamento británico, nos dicen, no han de verse atados por leyes emanadas de una autoridad inferior. La firmeza con que el gobierno resistió la huera vocinglería de doscientas ó trescientas personas sobre un asunto en que no tenían nada que ver se tachó de reto insolente á la opinión pública. Nosotros éramos enemigos de la libertad, porque no tolerábamos que una exigua aristocracia blanca se enseñorease sobre millones de hombres. Hasta qué punto pugnan estos principios con la razón, con la justicia, con el honor del gobierno británico y con los más caros intereses del pueblo indio, no es menester que yo lo diga. Por mi parte, sólo puedo decir que, si el gobierno ha de atemperarse á tales principios, yo me hallo imposibilitado por todos mis sentimientos y opiniones para tener ninguna parte en él, y no puedo menos de apresurarme á dejar mi cargo á persona mejor dispuesta para desempeñarle.»

Fortuna fué para la India que llegara á sus playas, investido de autoridad, un hombre de los principios y sentimientos de Macaulay, y que llegara en el momento en que lo hizo; porque ese momento era el punto crítico del progreso intelectual del país. Toda acción educativa se había visto paralizada durante algún tiempo á causa de una división irreconciliable de opiniones existente en el Comité de Instrucción pública, donde cinco contra cinco se hallaban empeñados en una controversia vital, inevitable, que no admitía aplazamiento ni transacciones, y sostenida por ambas partes con una pertinacia y ardimiento que hacía honor á sus convicciones. La mitad de los miembros abogaba por mantener y extender el antiguo sistema de estimular

la cultura oriental, pagando estipendios á los que se dedicaban al sánscrito, al persa y al árabe, y premiando liberalmente la publicación de obras escritas en esas lenguas. La otra mitad se pronunciaba por enseñar los elementos del saber en las lenguas nativas y las ramas superiores en inglés. Macaulay fué nombrado presidente del Comité á su llegada; pero declinó tomar una parte activa en sus trabajos hasta que el gobierno resolvió en definitiva la cuestión pendiente. A fines de Enero de 1835 los abogados de los dos sistemas, hombres todos de los más competentes que había en la Administración, elevaron sus opiniones al Consejo Supremo, y el 2 de Febrero, Macaulay, como individuo de ese Consejo, presentó un dictamen en que adoptó y defendió las ideas del partido inglés del Comité.

«¿Cuál es el estado de la cuestión? Tenemos que educar á hombres á quienes no es posible educar ahora en sus lenguas nativas. Necesitamos enseñarles alguna lengua extraña. No es menester recapitular los derechos de la nuestra. Es la preeminente aún entre las lenguas occidentales. Abunda en obras de imaginación no inferiores á las más nobles que nos ha legado Grecia; en modelos de elocuencia de todas clases; en composiciones históricas que, consideradas simplemente como narraciones, rara vez han sido superadas, y que, consideradas como vehiculos de instrucción moral y política, nunca han sido igualadas; en fieles y animadas representaciones de la vida y de la naturaleza humana; en las más profundas especulaciones sobre metafísica, moral, gobierno, jurisprudencia y comercio; en completas y exactas exposiciones de todas las ciencias experimentales que tienden á conservar la salud, á aumentar el bienestar ó á dilatar la inteligencia del hombre. El que conoce esta

lengua tiene fácil acceso á toda la vasta riqueza intelectual que las naciones más sabias de la tierra han creado y atesorado en el curso de noventa generaciones. Puede afirmarse con seguridad que la literatura ahora existente en esta lengua es de mucho más valor que toda la literatura que hace trescientos años existía en todas las lenguas del mundo entero. Y no es esto todo. En la India el inglés es la lengua de la clase gobernante. Es la lengua hablada por la clase superior de indígenas de las residencias del gobierno. Llegará á ser asimismo la lengua del comercio en los mares de Oriente. Es la lengua de dos grandes comunidades europeas que están desarrollándose, la una en el Sur de Africa, la otra en la Australasia—comunidades que cada año adquieren más importancia y se relacionan más estrechamente con nuestro imperio indio.—Mirando al valor intrínseco de nuestra literatura ó á la situación particular de este país, encontraremos las razones más poderosas para pensar que, de todas las lenguas extranjeras, el inglés sería la más útil para nuestros súbditos indígenas.

»La cuestión que ahora se nos presenta es simplemente si, estando en nuestro poder enseñar esta lengua, vamos á enseñar lenguas en que, por confesión universal, no hay libros sobre ningún asunto que merezcan compararse con los nuestros; si, pudiendo enseñar ciencia europea, enseñaremos sistemas que, por confesión universal, siempre que difieren de los de Europa, es en desventaja suya; y si, pudiendo patrocinar sana filosofía é historia verdadera, fomentaremos, á expensas del público, doctrinas médicas que serían un desdoro para un albéitar inglés, astronomía que excitaría la risa en un colegio de niñas de Inglaterra, historia en que menudean los reyes de treinta